

José Antonio Tavolara y la «Nueva Biblioteca Nacional»

Gustavo Toledo¹

Resumen

Este artículo se propone repasar la trayectoria pública del político, periodista y escritor Juan Antonio Tavolara, director del Museo y Biblioteca Nacional durante largos años, y en especial sus ideas respecto a la creación de una nueva biblioteca pública, expuestas en «Creación de una Nueva Biblioteca Nacional en Montevideo» (1873).



Político, periodista y escritor, Juan Antonio Tavolara (1821-1909), español de nacimiento y uruguayo por adopción, colorado principista y «discípulo de Garibaldi»², diputado por varios periodos y director de la Biblioteca Nacional durante muchos años, fue uno de esos típicos intelectuales del siglo XIX que es imposible encasillar en un rol determinado.

Infatigable y polifacético, este «hacedor de diarios» como lo llamó Daniel Álvarez Ferretjans³, recorrió casi medio siglo de vida pública involucrándose activamente en los debates políticos e intelectuales de su tiempo.

1. Pan de Azúcar, 1978. Profesor de Historia y ha colaborado con diferentes publicaciones de nuestro medio como *Reconquista*, *Contraviento*, *Carta Republicana*, *Opinar* y *Búsqueda*.

2. Pereda, Setembrino E., *Garibaldi en el Uruguay*, Tomo 1, Imprenta el Siglo Ilustrado, Montevideo, 1914, p. 51.

3. Álvarez Ferretjans, Daniel, *Historia de la prensa en el Uruguay. Desde la Estrella del Sur a internet*, Editorial Fin de Siglo, Montevideo, 2008, p.220.

Sin grandes biografías que den cuenta de su periplo vital y profesional ni estudios dedicados en su honor, Tavolara se mantiene en un difuso y lejano segundo plano del que es rescatado, muy de vez en cuando, gracias a un paciente y trabajoso *collage* de datos, reseñas y publicaciones encontradas aquí y allá.

Si debemos marcar un año que sirva de referencia, ese fue 1854, pues fue en el que retornó al Uruguay tras completar sus estudios en España y se alistó en las filas del Partido Conservador encabezado por José María Muñoz y Juan Carlos Gómez, participando en los sucesos «revolucionarios» de 1855⁴.

Casi al mismo tiempo, se integró a la Logia «Misterio y Honor» presidida por su compatriota José Paulino Gereda⁵.

Redactor de *El Sol Oriental* y *El Pueblo* durante el gobierno de Gabriel A. Pereira (1856-1860), emigró a la Argentina en los días de la «Hecatombe de Quinteros»⁶.

Cuenta José María Fernández Saldaña en su *Diccionario Uruguayo de Biografías (1810-1940)*:

En esta época, tormentosa y llena de peligros demostró una energía y civismo nada comunes; y apenas seca la sangre de sus compañeros de



4. En 1855 estallaron dos revoluciones, una en agosto y otra en noviembre, organizadas por los conservadores. La primera dio por resultado la renuncia del presidente Venancio Flores, quien había sido elegido para completar el periodo constitucional que había dejado trunco Juan Francisco Giró, y la segunda fue rápidamente reprimida, después de un crudo enfrentamiento en las calles de Montevideo.

5. Dotta Ostria, Mario, *Caudillos, Doctores y Masones. Protagonistas en la Gran Comarca Rioplatense (1806-1865)*, Ediciones de la Plaza, Montevideo, 2006, p. 237.

6. «Los conservadores colorados, dirigidos por César Díaz y Juan Carlos Gómez, realizan una violenta campaña periodística contra el gobierno. Este grupo fue el primero en oponerse a la idea de la fusión, la consideran contraria a la esencia del pensamiento liberal, pues «negaba la soberanía del pueblo» al admitir un solo partido, el oficial. El presidente está decidido a impedir la propaganda, blanca y colorada. Para los conservadores, Pereira estaba entregando el gobierno a los blancos. Los conservadores conspiran, Pereira los destierra a Buenos Aires, por lo que inician los preparativos revolucionarios, con el apoyo del gobierno porteño. Protagonizan una revolución contra Pereyra, que la califica de «anarquista». De 383 prisioneros -luego de su rendición- son fusilados 70, aunque otras versiones elevan a 150 ese número. Fue este el gran impedimento de la fusión, su derrota más visible, desde que el Partido Colorado, siete años después, lo asumirá como un martirologio a ser enrostrado a los blancos: la «hecatombe de Quinteros». En Fernández, Nelson y Machín, Hugo, «Una Democracia Única. Historia de los Partidos Políticos y las elecciones del Uruguay. Tomo 1. Divisas, ideas y partidos», Editorial Fin de Siglo, Montevideo, 2017, pp. 82 y 83

causa sacrificados en 1858, vino nuevamente al país para reanudar la lucha opositora⁷.

Una vez aquí, el gobierno de Pereira lo condenó –por vía administrativa– a servir como soldado en las policías al mando del coronel Bernardino Olid en el departamento de Minas.

Poco después, dio a conocer una obra teatral de su autoría, *Cosa de todos los días*; una comedia costumbrista de tres actos que fue estrenada en el Teatro Solís el 30 de setiembre de ese año.

Entre el 1º de octubre de 1862 y mediados de 1863 dirigió *La Aurora*, una revista mensual dedicada a la actividad literaria, en cuyas páginas reunió a algunas de las plumas más destacadas de su tiempo. «*Con todas sus limitaciones* –destaca Arturo Ardao⁸– *era la fiel expresión de nuestra conciencia intelectual de entonces*», ya que reflejó mejor que ninguna otra publicación de su época el pasaje del «*viejo espíritu católico masón*», evidenciado en sus primeros números, al «*nuevo espíritu racionalista*», ostensible en los últimos, que venía tomando cuerpo en la prensa y en los círculos universitarios.

Esta tendencia se vio continuada –ya madura y en forma mucho más abierta– en su nuevo y quizás más destacado emprendimiento *La Revista Literaria* (1865-1866), en el que contó con la colaboración de los jóvenes Julio Herrera y Obes, Gonzalo Ramírez, Eliseo F. Outes, José María Castellanos y José Pedro Varela.

Allí, el propio Tavolara escribió en reiteradas ocasiones bajo el seudónimo «Salsipuedes», que ya había usado en el pasado en varios artículos divulgados en la prensa montevideana relacionados con la Guerra de Paraguay⁹.

Reflejo de la calidad e importancia que adquirió esta publicación en el ámbito local, son las contadas pero generosas palabras que Carlos Roxlo le dedica en su *Historia Crítica de la Literatura Uruguaya*, destacando el «mérito» e «influjo» que adquirieron sus «brillantes



7. Saldaña, José María, *Diccionario Uruguayo de Biografías (1810-1940)*, Editorial Améindia, Montevideo, 1945, p. 1225.

8. Ardao, Arturo, *Racionalismo y Liberalismo en el Uruguay*, Publicaciones de la Universidad de la República, Montevideo, 1962, p. 196.

9. Scarone, Arturo, *Diccionario de Seudónimos del Uruguay*, Ed. C. García y CIA., Montevideo, 1942, p. 287.

páginas», en contraste con las de *La Mariposa*, una publicación anterior de vida efímera, que, según él, «no vale mucho».¹⁰

Tiempo después se hizo cargo de la redacción de *La Tribuna*, *El Demócrata* (desde cuyas páginas propició la candidatura presidencial de Tomás Gomensoro) y *La Política*.

En 1868, participó de la fundación del «Ateneo de Montevideo», una institución destinada –según sus estatutos– «a la lectura, desarrollo y discusión de trabajos filosóficos y literarios». Entre sus socios fundadores figuraban intelectuales de primera línea: Gonzalo Ramírez, José Pedro Ramírez, Domingo Aramburú, Francisco Bauzá, Miguel Herrera y Obes, Daniel Granada y Carlos María Ramírez. En ese mismo año se fundó el «Club Universitario», centro de gran actividad intelectual, donde los estudiantes de Derecho y en general los intelectuales capitalinos, entre los que se destacaban Pablo de María, José Pedro Varela, Carlos María de Pena y Eduardo Acevedo Díaz, muchos de ellos viejos conocidos suyos, «pronunciaban conferencias y leían conclusiones, que eran discutidas en sesiones llenas de interés y de brillo»¹¹.

Alejado del medio, volvió a la prensa como uno de los redactores responsables de *El Heraldo*, medio fundado por el dirigente colorado Julio Herrera y Obes en 1880, a quien lo unía una larga amistad que se remontaba a los tiempos de *La Revista Literaria* y el «Club Universitario», y luego probó suerte en un cotidiano de vida corta llamado *Las Novedades* en 1881.

En el plano político, fue electo diputado por el departamento de Canelones (aunque la elección fue anulada por vicios de forma) y años más tarde por el de Florida en dos ocasiones (1888-1891 y 1891-1894).

Se desempeñaba como diputado por el departamento de Tacuarembó cuando, en la elección de 1894, su voto fue decisivo para la elección del Dr. José Ellauri como presidente (aunque éste luego no aceptó el cargo), lo que lo llevó a desligarse de la fracción «tajista» a la que pertenecía.

En 1898, cuando el sustituto de Idiarte Borda, Juan Lindolfo Cuestas, conminó al Parlamento a que le votara para el cargo de

10. Roxlo, Carlos, *Historia Crítica de la Literatura Uruguaya. Desde 1885 hasta 1898. El Arte de la Forma*, Tomo III, A. Barreiro y Ramos, Librería Nacional, 1913, p. 19.

11. Acevedo, Eduardo, *Anales Históricos del Uruguay*. Tomo III, Casa A. Barreiro y Ramos S.A., Montevideo, 1933, p. 753.

presidente efectivo a riesgo de ser expulsados de sus bancas, Tavolara optó por la expulsión, dando por concluida su carrera política.

La Nueva Biblioteca Nacional

En relación con su larga trayectoria como bibliotecario y sus ideas al respecto, es preciso volver a 1865, año en el que no solo fundó *La Revista Literaria*, como apuntamos anteriormente, sino que fue designado al frente de la Dirección del Museo y Biblioteca Nacional.

Al asumir el cargo, Tavolara se encontró que el establecimiento contaba con 6.643 volúmenes, 2.800 folletos y 162 colecciones de diarios, pero –según testimonia en su memoria anual–

los volúmenes eran en su casi totalidad inútiles por estar apolillados y trancos y muchos de ellos repetidos; los folletos estaban en tal manera repetidos que sólo 400 resultaron aprovechables después del aparte y entre las colecciones de diarios sólo 73 estaban completos.¹²

En 1867, la Biblioteca Nacional se trasladó a la planta alta de la Casa de Correos (inaugurada en ese mismo año), lo que dio lugar a que su director mandara a remate público obras consideradas «inservibles» («*que ni para pasto de la polilla servían*»), algunas de ellas vendidas a 10 centésimos el tomo según *El Siglo*, y donara otras duplicadas a la Universidad de la República (500 volúmenes) y a las Juntas Económico-Administrativas del Interior con destino a la fundación de bibliotecas locales.

Según Eduardo Acevedo:

No concuerdan las crónicas de la época con ese cuadro abrumador. Establecen al contrario que obras muy buenas fueron llevadas a remate simplemente porque eran viejas o tenían las tapas muy usadas y agregan que a la sala de remate concurrieron todos los que querían formar o completar sus bibliotecas con desembolsos imperceptibles, porque todo era vendido allí a vil precio.¹³

Algo menos controvertido que el estado de los libros, folletos y diarios de la biblioteca y el destino de buena parte de ellos, es el dato que da cuenta de la escasa asistencia a la misma. En la memoria de



12. Acevedo, Eduardo, *Anales Históricos del Uruguay*. Tomo III, Casa A. Barreiro y Ramos S.A, Montevideo, 1933, p. 487.

13. *Ibíd.*

marras, Tavolara se queja de que concurren apenas «dos personas por día». Consignando que, entre abril de 1865 y diciembre de 1867, recibió 3.000 visitantes, «*siendo muy pocos los lectores*». ¹⁴

En 1870, según el inventario reproducido por Adolfo Vaillant en su «Anuario y Almanaque», la Biblioteca Nacional contaba 3.653 volúmenes, 970 folletos, 337 tomos de diarios encuadernados y 179 de diarios sin encuadernar, «*cifras miserables que denuncian el estado de abandono o de crisis del establecimiento*» ¹⁵ a juicio de Acevedo.

Hacia 1873, el establecimiento dirigido por Tavolara había alcanzado 8.136 volúmenes, 3.844 folletos y 499 tomos de diarios. Y la Memoria del año siguiente indicaba que el número de personas que había concurrido a su sala ascendía a 7.366 lectores y que el Museo, que funcionaba en el mismo edificio y bajo la misma dirección, había sido visitado por 32.827 personas ¹⁶.

Para Fernández Saldaña, quizás apoyado en estos datos, el periodista «*hizo una administración poco brillante puesto que ni era bibliófilo ni era museísta a despecho de sus aficiones literarias y de su opúsculo Creación de una Nueva Biblioteca Nacional en Montevideo*». ¹⁷

Respecto a esto último, el autor se refiere al manifiesto que Tavolara publicó en 1873, en el que da cuenta, por un lado, de su deseo por dotar a Montevideo de una biblioteca pública «*a la altura de las más notables de Europa*», aunque para ello hiciese falta «*hacer un esfuerzo que sería siempre un título de gloria ante las generaciones futuras*» ¹⁸ y, por otro, su intención de concienciar a la opinión pública acerca de esa necesidad, apelando a la cooperación de los compatriotas y «*hombres que se interesen por el adelanto de este bello país*» ¹⁹, por medio de una suscripción general de un peso, que entiende que no «*es excesiva y satisface cumplidamente el propósito expresado*». ²⁰

14. Acevedo, Eduardo, ob. cit., p. 487.

15. *Ibíd.*, p. 629.

16. *Ibíd.*, p. 753.

17. Fernández Saldaña, José María, *Diccionario Uruguayo de Biografías (1810-1940)*, Editorial Amerindia, Montevideo, 1945, p. 1226.

18. Tavolara, José Antonio, *Creación de una Nueva Biblioteca Nacional. Pensamiento de José A. Tavolara*, Imprenta El Telégrafo, Montevideo, 1873, p. 3.

19. *Ibíd.*, p. 4.

20. *Ibíd.*, p. 5.

Con ese objetivo, le encomendaría a los jefes políticos y a «algunas personas respetables» del interior del país y a «una comisión central compuesta de personas acreditadas y de influencia» en la capital la misión de recolectar dichos suscriptores.

Asimismo, prometía la publicación de un libro con el título de *Fundadores de la Biblioteca Nacional*, para que «en todo tiempo se sepan los nombres de las personas que legan a la posteridad un testimonio elocuente de su amor a la civilización y a la patria».

Para Tavolara, la biblioteca que dirigía era:

Insuficiente para llenar el elevado objeto a que se destina, tanto por el reducido número de obras que posee, como por la estrechez del salón en donde están colocadas.

Mi pensamiento no es únicamente agrandar la Biblioteca que hoy está a mi cargo; es construir un edificio que, por su extensión, formas y abundancia de buenos libros, sea una gran Biblioteca que podamos sin rubor llamarla Nacional, no por el carácter de las obras, porque la ciencia no reconoce fronteras, sino por los esfuerzos empleados para crearlos.²¹

Informado de sus intenciones, el Doctor Ángel Floro Costa, uno de los primeros exponentes del positivismo filosófico en nuestro país, le dirigió dos cartas desde Buenos Aires, formulando una severa crítica a nuestra enseñanza secundaria y universitaria en comparación a la argentina, de la cual resaltaba el interés que prestaba en el país vecino a las Ciencias Naturales. «*Nuestra Biblioteca Nacional –concluía– necesita enriquecerse sobre todo de dos cosas: de obras y documentos de historia patria y de obras de ciencias naturales*»²².

Temeroso de no haber sido claro acerca de su «plan» y que pudiesen creer que «se limitaba al aumento de los libros existentes en la Biblioteca Nacional», consigna en detalle sus «aspiraciones» y el «objetivo» de sus trabajos:

- 1º Comprar un terreno en un paraje central de esta ciudad.
- 2º Levantar en él un edificio, que además de servir de ornamento público, sea adecuado para el objeto.
- 3º Construir estantes, vidrieras y demás enseres necesarios.
- 4º Adquirir buenos libros, después de concluida la empresa.²³

21. Tavolara, José Antonio, ob. cit., p. 31.

22. Ardao, Arturo, «Espiritualismo y Positivismo en el Uruguay, Departamento de Publicaciones de la Universidad de la República y Centro Editor de América Latina, Montevideo, 1968, p. 63.

23. Tavolara, José Antonio, ob. cit., p.34.

Juan Antonio Tavolara estuvo al frente de la institución hasta el año 1878, cuando fue separado del cargo por el Coronel Lorenzo Latorre y sustituido por el Pedro Moscaró y Sosa.

Falleció el 12 de mayo de 1909, a la edad de 88 años, sin concretar su sueño de una «nueva biblioteca nacional». Su viejo amigo, el expresidente Julio Herrera y Obes, despidió en el Cementerio Central «al compañero de las buenas y las malas horas», destacando «la entereza de carácter que siempre le había distinguido»²⁴.

Mucho después, en 1926, se adquirió el predio del actual edificio y su piedra fundamental fue colocada el 26 de mayo de 1938. Ese mismo año pasó a denominarse Biblioteca Nacional, aunque la nueva sede se ocupó recién en 1955 y fue finalmente inaugurada en 1964.

Actualmente, la biblioteca cuenta con más de 850.000 volúmenes, 22.400 títulos de publicaciones periódicas, así como material audiovisual, microformas, mapas, partituras, acuarelas, fotografías y manuscritos.



Bibliografía

- Acevedo, Eduardo, *Anales Históricos del Uruguay. Tomo III*, Casa A. Barreiro y Ramos S.A, Montevideo, 1933.
- Ardao, Arturo, *Racionalismo y Liberalismo en el Uruguay*, Departamento de Publicaciones de la Universidad de la República, Montevideo, 1962.
- Ardao, Arturo, *Espiritualismo y Positivismo en el Uruguay*, Departamento de Publicaciones de la Universidad de la República y Centro Editor de América Latina, Montevideo, 1968
- Álvarez Ferretjans, Daniel, *Historia de la prensa en el Uruguay. Desde la Estrella del Sur a internet*, Editorial Fin de Siglo, Montevideo, 2008.
- Claps, Manuel, *Masones y Liberales*, Enciclopedia Uruguaya N° 27, Montevideo, 1969.
- Dotta Ostria, Mario, *Caudillos, Doctores y Masones. Protagonistas en la Gran Comarca Rioplatense (1806-1865)*, Ediciones de la Plaza, Montevideo, 2006.
- Dotta Ostria, Mario, *Oligarquías, Militares y Masones. La Guerra contra el Paraguay y la Consolidación de las asimetrías regionales (1865-1870)*, Ediciones de La Plaza, 2011.
- Fernández, Nelson y Machín, Hugo, *Una Democracia Única. Historia de los Partidos Políticos y las elecciones del Uruguay. Tomo 1. Divisas, ideas y partidos*, Editorial Fin de Siglo, Montevideo, 2017.

24. Saldaña, José María, ob. cit., p. 1225.

- Larre Borges, Ana Inés, «La Biblioteca Nacional y el Presupuesto - Uruguay, 1874 (Rescate). Cartas del Director José A. Tavorara al Dr. Julio Herrera y Obes», en *Revista de la Biblioteca Nacional 11-12: La Biblioteca vista por sus lectores*, Montevideo, 2016.
- Pereda, Setembrino E., *Garibaldi en el Uruguay*, Tomo 1, Imprenta el Siglo Ilustrado, Montevideo, 1914.
- Pivel Devoto, Juan E. y Ranieri De Pivel Devoto, Alcira, *Historia de la República Oriental del Uruguay (1830-1930)*, Editorial Medina, Montevideo, 1956.
- Roxlo, Carlos, *Historia Crítica de la Literatura Uruguaya. Desde 1885 hasta 1898. El Arte de la Forma. Tomo III*, A. Barreiro y Ramos, Librería Nacional, 1913.
- Fernandez Saldaña, José María, *Diccionario Uruguayo de Biografías (1810-1940)*, Editorial Amerindia, Montevideo, 1945.
- Scarone, Arturo, *Diccionario de Seudónimos del Uruguay*, Ed. C. García y Cia., Montevideo, 1942.
- Tavorara, José Antonio, *Creación de una Nueva Biblioteca Nacional. Pensamiento de José A. Tavorara*, Imprenta El Telégrafo, Montevideo, 1873.
- Zum Felde, Alberto, *Proceso Intelectual del Uruguay. Tomo 1. Del Coloniaje al Romanticismo*, Ediciones del Nuevo Mundo, Montevideo, 1967.